



Empatía y cuidado socio-ambiental: en el lugar de los más vulnerables

Camila García

Inicié ayer mi recorrido desde el centro hacia el norte de la ciudad, buscando material de reciclaje en cada esquina que atravieso, tengo frío y estoy cansada pero no puedo parar. Amaneció hoy lunes, el primer lunes de mayo, es una mañana muy fría y yo solo deseo estar abrigada junto a mi familia que con su presencia me llenan de calor de hogar. Tengo frío, de ese que entra hasta los huesos y no te permite casi caminar. Continúo halando mi carreta, esa que alguna vez fue tirada por un caballo. Busco y rebusco en las canecas y contenedores... ya casi llego a la 127 con autopista donde podré tomar un descanso junto con mis colegas.

Me recuesto debajo del puente, el frío me hela las orejas que trato de cubrir con mi cabello un poco sucio porque mi dinero alcanza solamente para una barra de jabón azul, no me puedo dar los lujos de las presentadoras de tener un jabón para cada parte de mi cuerpo y lucir impecable todo el tiempo pues en mi casa de vez en cuando tenemos agua suministrada por una manguera que está conectada a un tubo del acueducto de mi ciudad, Bogotá. Me levanto de una manera súbita pues sé que es tiempo perdido el que descansé, no puedo perderlo así; mucho menos en estos días donde el trabajito está escaso y además en algunos días prohibido por eso del pico y género.

Sigo mi camino halando y halando, con fuerza, fe y convicción de que un día le podré regalar una casa a mi mamita que tanto se ha esforzado por mí y mis hermanos. Voy llenándola poco a poco de eso que para muchos es basura, para mí es un gran tesoro. La lleno poco a poco de latas, cartón, plástico y demás materiales que sirven para ser reciclados. La oportunidad de rebuscarme uno que otro pesito de más por medio de la limosna se esfumó de mi panorama y cada día me pagan menos por los materiales que le llevo a mi patrón.

La ciudad está vacía, parece una ciudad fantasma, de esas que de vez en cuando puedo ver en la televisión de un vecino del barrio Caracolí. A veces veo personas y carros, pero todos me huyen, creen que estoy contagiada por ese virus del que tanto hablan. ¡No lo estoy! quisiera decirles. Sé que soy la más fuerte, he luchado, he resistido desde que nací.





¡Estoy vacunada! no contra el coronavirus, sino contra la indiferencia que tú me das cada vez que pasas a mi lado y me ignoras como si fuera un ser inexistente. Menos mal cuento con mi fiel compañera, Milu, mi perra criolla que siempre me acompaña y me protege en las largas jornadas, la que siempre me ha hecho sentir amada, valorada y aunque no podré darle nunca los lujos que merece, siempre le comparto de mi sopa para que nunca vaya a sentir hambre.

Muchos a raíz del virus han salido a aplaudirnos, a decirnos que somos héroes y no lo somos. Soy solo una trabajadora que más que aplausos, necesito derechos, garantías laborales, visibilidad de este gobierno indolente que no ve más allá de sus grandes empresas al igual que ustedes, que se disfrazan de empatía desde sus balcones aplaudiendo y chiflando, pero apenas me ven en la calle huyen apenas me ven.

Presidente, nos morimos de hambre, el sueño de darle una casa a mi mamá cada vez es más lejano y pronto no tendré ni con que alimentar a Milu, ¿Cuándo llegarán las ayudas a nosotros, los más vulnerables?

